

La cultura latinoamericana y la Semana Santa en Ayacucho, Perú

Latin American Culture and Easter in Ayacucho, Peru

Víctor Gabriel Avilés-Romero*

Resumen: El objetivo del presente artículo es ofrecer una comprensión de la región cultural latinoamericana, por medio del análisis de una celebración religiosa como la Semana Santa en Ayacucho, Perú; para ello, a través del método antropológico estructural, se analizan aquellos mensajes que emiten los grupos sociales que participan en dicho evento y que contribuyen a conformar la especificidad cultural latinoamericana.

Palabras clave: Cultura latinoamericana, Estructuralismo antropológico, Mensajes, Grupos sociales

Abstract: The aim of this article is to provide an understanding of the Latin American cultural region, through the analysis of a religious celebration such as Easter in Ayacucho, Peru; to this purpose, through the structural anthropological method, are analyzed those messages emitted by social groups that participate in that event and contribute to give Latin American its specific cultural nature.

Keywords: Latin American Culture, Anthropological Structuralism, Messages, Social Groups

* Universidad Autónoma del Estado de México, México, gabox24@hotmail.com

Para comprender a Latinoamérica en sus aspectos sociales y culturales es posible recurrir a diferentes caminos; por ejemplo, realizar una revisión exhaustiva de la prensa escrita de toda la región o, en el mejor de los casos, emprender un viaje a lo largo de cada una de las naciones que la conforman, siempre con el objetivo de conocer y tratar de explicar, desde la óptica de las ciencias sociales y las humanidades, los distintos fenómenos socioculturales que se desarrollan en este rincón del mundo.

El objetivo del presente artículo es ofrecer una comprensión de la región cultural latinoamericana, a través del análisis de una celebración religiosa como la Semana Santa en Ayacucho, Perú; para ello, a través del método antropológico estructural formulado por Claude Lévi-Strauss, se pretende analizar aquellos mensajes emitidos por los grupos sociales que participan en dicho evento y que le dan especificidad cultural latinoamericana. La información que se presenta sobre esta celebración religiosa es el resultado de la observación directa durante 2009, además de la revisión de etnografías y trabajos de investigación al respecto.

Si bien la idea de Latinoamérica resulta de un proyecto ideado por el economista político francés Michel Chevalier (asesor directo de Napoleón III), orientado a la expansión francesa entre aquellas naciones americanas cuya lengua tuviera un origen latino, y en franca oposición a la expansión estadounidense, representa también la continuidad del ideal bolivariano que soñaba con formar una gran confederación que uniera a todas las colonias españolas de América. Aunque los objetivos de ambos proyectos eran distintos, son producto del intento por agrupar, a partir de sus semejanzas históricas, sociales y culturales, a cada una de las naciones que conforman lo que ahora conocemos como América Latina.

Primero tanto Bolívar como Chevalier y, posteriormente, José Martí o el Che Guevara, se dieron cuenta de las similitudes que existen entre cada una de las sociedades que habitan las naciones americanas conquistadas por los españoles y los portugueses; aquellas que dejan al viajero la sensación de estar en una misma nación a pesar de haber cruzado un buen número de fronteras.

Latinoamérica posee una personalidad cultural definida, producto de una serie de procesos históricos similares y de la dinámica de cada una de las sociedades que la componen. Para darnos cuenta de ello, basta con asomarnos a los canales de televisión latinoamericanos, o bien observar con detenimiento una celebración religiosa aparentemente simple.

Semana Santa en Ayacucho, Perú

El departamento de Ayacucho se encuentra ubicado en los andes del centro sur del Perú. De acuerdo con Jefferey Stern (1986), desde la época prehispánica esta región fue un punto estratégico para los distintos grupos sociales que intentaban mantener el control político y económico de la zona. Con la llegada de los conquistadores españoles y con la fundación de la ciudad de Huamanga, capital actual del departamento, en la región se reprodujo una serie de patrones culturales europeos, además de representar el epicentro del mestizaje cultural que vivieron los diferentes grupos étnicos que habitaban el territorio.

Durante los primeros años de la colonia, Huamanga se caracterizó por la presencia de una élite española que basaba su hegemonía en una supuesta superioridad racial y cultural, y en la encomienda como principal motor de la producción. Este grupo de españoles, en su esfuerzo por conservar y reproducir sus afanes señoriales, dio pauta a la conformación de una sociedad altamente estratificada: por un lado existían los grupos peninsulares que detentaban los distintos poderes; mientras que, por el otro, se encontraban los grupos indígenas que luchaban por conseguir un lugar en la escala social y en los diferentes procesos productivos.

Los españoles trasladaron al nuevo mundo una serie de instituciones y patrones culturales que, con el paso del tiempo, se impondrían a las sociedades americanas originales. Ello dio lugar a un proceso de mestizaje cultural hasta ese momento inédito en la historia de la humanidad, pues se fundieron dos formas totalmente distintas de concebir la realidad y de cuya fusión se originaría lo que son las naciones latinoamericanas actuales.

De acuerdo con el historiador huamanguino Enrique González Carré (1995), uno de los tantos elementos culturales europeos traídos al nuevo continente fue la religión católica, la cual se manifestó en Huamanga a través de la pronta llegada de los primeros religiosos en el año de 1539 (año de la fundación de la ciudad), quienes comenzaron un proceso de conquista religiosa, similar al que se llevó a cabo en todas las regiones conquistadas. Los frailes, a través de la interacción directa con los pueblos indígenas, intentaron imponer reglas, cultos y cierto tipo de educación, basándose en postulados de la religión católica.

Por su parte, los grupos españoles de Huamanga, como consecuencia de las constantes hostilidades de las que fueron objeto por parte de los grupos indígenas inconformes, además de las sequías y los terremotos que azotaban la ciudad, reprodujeron de manera persistente las prácticas y las creencias católicas. Como es natural, buscaban en su religión la protección necesaria ante un medio adverso y desconocido.

Fue así como comenzaron a llevar a cabo una serie de celebraciones destinadas al culto de Cristo y de los demás santos que conforman el panteón católico. De acuerdo con González Carré, durante la época colonial, las celebraciones dedicadas a la Santísima Trinidad y al día de Corpus Christi (ambas realizadas en junio) fueron las festividades más importantes para la élite española. Asimismo, se sabe que para ese entonces la celebración de la Semana Santa se realizaba en el interior de los templos con fines meramente litúrgicos.

Con el paso del tiempo la sociedad huamanguina sufriría cambios importantes. Según Antonio Zapata (2008), la sociedad “señorial” de origen español, que hasta ese momento había mantenido cierta hegemonía, pronto se vería diluida para dar paso a una sociedad criolla y mestiza; con el surgimiento de los barrios coloniales, los poderes pasaron a ser detentados por los grupos de criollos y mestizos que habían encontrado en el comercio su principal fuente de riqueza. Para esta nueva clase social, la presencia española en Huamanga era vista como un obstáculo para el crecimiento económico; por ello, se convirtió en la principal promotora de la independencia en la región.

Cabe mencionar que dicha reconfiguración de la sociedad de Huamanga se dio solo en el nivel de las clases hegemónicas, ya que el resto de la sociedad (conformada por indígenas, campesinos y peones) siguió ocupando el mismo lugar subalterno en la escala social al que pertenecían desde la época colonial.

Según González Carré, en la época republicana los grupos de comerciantes, artesanos y ganaderos que vivían en los barrios coloniales de Huamanga, ejercían el poder a partir de la riqueza que acumulaban gracias a los círculos comerciales que habían instaurado en la zona centro sur del Perú, estableciendo incluso transacciones con los pueblos de la costa. Por esta razón, es posible establecer, a manera de hipótesis, que el auge del comercio huamanguino se debió a la bonanza que significó la producción guanera en el Perú de mediados del siglo XIX.

Este grupo de comerciantes, en su mayoría criollos y mestizos, desde su nueva posición claramente hegemónica, instauraron a la Semana Santa como la principal celebración de Huamanga, debido a que el Sábado de Gloria coincidía con la culminación de un ciclo de ferias comerciales de carácter ganadero que se llevaban a cabo en la región; desde entonces, la Semana Santa ayacuchana posee un fuerte sentido comercial que se conjuga con el contenido religioso de la celebración.

Durante la época republicana, y a partir del auge comercial de la ciudad, además de los comerciantes y ganaderos, surgieron en Huamanga otros sectores sociales de importancia, como los abogados (encargados de solucionar todo tipo de querellas comerciales)

o los servidores públicos que detentaban el poder político. Todos ellos, junto con el clero, tienen en nuestros días una participación específica en las celebraciones de Semana Santa.

Actualmente, la Semana Santa en Ayacucho¹ no difiere demasiado de las celebraciones que se realizan en el resto de Iberoamérica; incluso, algunos participantes se jactan por el enorme parecido que esta guarda con la Semana Santa andaluza. Desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección se llevan a cabo una serie de procesiones que recorren las calles del primer cuadro de la ciudad, con el objetivo de conmemorar algún pasaje de lo que en la tradición católica se conoce como la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

Organizados en hermandades, los participantes llevan en andas (con forma de montículo) imágenes religiosas como la Virgen María, la Verónica, San Juan y Jesucristo; dichos tableros son adornados con diferentes figuras como mazorcas (choclos), flores y palomas, todas elaboradas con cera.

Por lo general, las procesiones se conforman de la siguiente manera: al frente se encuentran los respectivos mayordomos, quienes financian la construcción del anda, la misa y la fiesta. Les siguen miembros de la fuerza pública (oficiales de policía y miembros del ejército). Después, aparecen el obispo y un grupo de sacerdotes, quienes justo al frente del anda, dirigen los rezos realizados durante de la procesión. El anda es cargada por miembros de la hermandad encargada de la veneración de la imagen —es importante señalar que, salvo en la procesión del Domingo de Resurrección, no cualquier persona puede participar como cargador. Cierran la procesión los feligreses y la banda de música.

A lo largo de las procesiones son frecuentes los fuegos artificiales y las alfombras echas por la población con flores y aserrín; con la participación de toda la familia, estas personas plasman sobre las calles, por donde pasará la procesión, distintas imágenes de tipo religioso, cabe señalar que no está permitido pisar dichas alfombras antes del paso del anda, pues son consideradas como una ofrenda para el santo a quien los devotos agradecen por los favores recibidos, o le piden que les conceda alguno.

Antes de cada procesión se realiza una serie de actos litúrgicos y la correspondiente fiesta en casa del mayordomo, quien gracias a los recursos económicos que posee y a las relaciones sociales que ha logrado establecer, ofrece comida y bebida a todo aquel que lo desee.

Para la celebración de la totalidad de la Semana Santa en Huamanga, se cuenta con un mayordomo general, quien se encarga de organizar la fiesta el Domingo de Ramos y

¹ Información obtenida a partir del trabajo de campo realizado en Ayacucho, Perú, durante la Semana Santa del año 2009.

el Sábado de Gloria; asimismo, paga la construcción del anda (cuya altura es mayor a los ocho metros), que se utilizará durante la procesión del Domingo de Resurrección. Por lo general durante las festividades se hace presente, como muestra de agradecimiento, una serie de voces de apoyo al mayordomo general.

Se vuelve notoria la participación de los abogados y los representantes del poder judicial como mayordomos durante la procesión del martes, dedicada al Señor de la Sentencia; estos, en sus oraciones, piden a Cristo que los guíe en su actividad profesional. También las familias acaudaladas tienen una intervención especial, pues el viernes son las únicas autorizadas para cargar la imagen del Santo Sepulcro durante la procesión del mismo nombre, de tal manera que el resto de la población los reconoce como la “gente importante” cuando ven pasar la procesión.

La colaboración de los comerciantes ganaderos se vuelve más notoria el Sábado de Gloria ya que, además de organizar la feria ganadera, y repartir comida y bebida entre los asistentes, donan toros, cuya carne se destina a instituciones de beneficencia. Antes de ser donados, estos animales son utilizados por el resto de la población en una celebración denominada “jala toro”, la consiste en torear y correr adelante del animal, previamente sujetado por un jinete, a lo largo de las calles de Ayacucho. Esta celebración es aprovechada por los propios ganaderos para recorrer sobre sus caballos “de paso” las calles de la ciudad, donde reciben los aplausos y la admiración del resto de los asistentes.

Durante la Semana Santa, la afluencia turística en Ayacucho es considerable; los visitantes aprovechan el ambiente festivo que se vive en la ciudad para emborracharse y comer hasta el hartazgo; los bares y las discotecas permanecen abiertos hasta altas horas de la noche, y la población en general participa en el derroche que significa tal celebración.

La Semana Santa ayacuchana culmina con la procesión del Domingo de Resurrección, la cual inicia a las 5:30 de la mañana con la salida de la catedral de una imponente estructura piramidal de ocho metros de alto, cubierta de flores, palomas y *chodlos* de cera, además de velas y cirios encendidos; cargada por cerca de 200 personas.

Luego de la tradicional “misa de gallo”, de la enorme anda que se asoma en las puertas del templo, surge la imagen de Cristo Resucitado, la cual es empujada desde abajo con la ayuda de una palanca de madera; cuando esto sucede se lanzan fuegos artificiales y los presentes aplauden la resurrección de Cristo.

La procesión, que se distribuye de la misma manera que las anteriores, recorre todo el perímetro de la Plaza Mayor. Cuando la imagen está por llegar a la catedral, el nuevo mayordomo general recibe la bandera y la consigna para el siguiente año en una breve ceremonia, entre aplausos de los asistentes. Al concluir la procesión, en el atrio de

la catedral se oficia una misa entre cánticos y alabanzas a Jesucristo, finalizando así la Semana Santa de Ayacucho.

El estructuralismo y la cultura: mensajes de la Semana Santa en Ayacucho, Perú

Si bien Claude Lévi–Strauss definió un método estructural aplicado al estudio de fenómenos culturales, es posible encontrar los antecedentes del estructuralismo en los postulados planteados por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure en su libro *Curso de lingüística general*, publicado en 1916, en el cual propone un “método estructural” para abordar fenómenos lingüísticos que consistía básicamente en considerar a los elementos lingüísticos en su relación con el todo; es decir, el lenguaje debía ser visto como un sistema cuyo poder significativo se establece a partir de la relación que establecen los diferentes signos lingüísticos.

El etnólogo francés, apoyándose en la obra del formalista ruso Vladimir Propp y en las aportaciones de Círculo Lingüístico de Praga, logró establecer un método para el estudio de la cultura, semejante al que Saussure propuso varias décadas atrás. En general, se trataba de abordar a la cultura como un sistema, o sea, a partir de las interacciones entre cada uno de sus elementos, donde radica el poder significativo de cada manifestación cultural.

El estructuralismo se preocupa por encontrar las relaciones sistemáticas y constantes que existen en el comportamiento humano, tanto individual como colectivo, denominadas *estructuras*”; dichas relaciones se establecen en un nivel “profundo”, por lo que sus significados se encuentran en el inconsciente de los propios individuos.

Para el estructuralismo la cultura puede verse como “sistemas de signos, a los que se añaden otros muchos: lenguaje mítico, signos orales y gestuales de que se compone el ritual, reglas matrimoniales, sistemas de parentesco, leyes consuetudinarias, ciertas modalidades de intercambios económicos” (Levi Strauss 1979: 15); “considera que la vida humana se desarrolla y manifiesta como sistema de signos sociales precisos, en cuya base se localiza la comunicación social” (Morales 2000: 37).

Para llevar a cabo un análisis cultural a partir del estructuralismo, es necesario construir modelos de sistemas en los cuales se hagan evidentes las múltiples relaciones que establecen sus elementos. Dichas relaciones se conforman por una serie de signos que, a su vez, construyen los mensajes, cuyas significaciones reflejan la estructura básica de una sociedad. A través del análisis estructural, además de conocer la forma de las

manifestaciones culturales de un grupo social, es posible identificar su contenido, el cual se manifiesta en los significados de las relaciones entre cada uno de los elementos que conforman el sistema.

Los grupos de participantes de las celebraciones que se llevan a cabo durante la Semana Santa en Ayacucho, además de participar de distintas formas en las celebraciones, se valen de una serie de acciones y elementos sensoriales que pueden ser considerados signos, y a partir de cuya interacción es posible conocer los mensajes que emiten tales grupos, así como los significados que tiene la celebración en su conjunto.

Durante dicha semana, distintos grupos sociales participan de diferente manera en cada una de las celebraciones que la componen, desplegando una serie de signos que se manifiestan en categorías empíricas, a través de las cuales definen su participación, por lo que la celebración misma se vuelve compleja al dejar confluir grupos sociales con diversos fines y perspectivas diferentes.

Sin embargo, a pesar de dicha diversidad, la Semana Santa se constituye como una estructura al momento de conformar un todo en el que cada grupo social interactúa, se comunica y emite mensajes en un marco cultural mucho más amplio, determinado por una creencia religiosa común: la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

En la Semana Santa de Ayacucho es posible distinguir en una primera revisión dos grupos sociales diferenciados por su tipo de participación en las procesiones: aquellos que colaboran de manera directa y aquellos que lo hacen de modo periférico. Los primeros deben reunir ciertas características que les haga “merecedores” de tal privilegio, las cuales pueden ser una buena posición económica, una participación activa en la vida católica del lugar o la pertenencia a una de las instituciones que intervienen en la organización y desarrollo de tales celebraciones.

Ambos grupos participan en una celebración religiosa que bien puede ser analizada como lo que Marcel Mauss llamó un *hecho social total*, definido como un fenómeno en el que se expresan a un mismo tiempo todas las instituciones de una sociedad determinada, las cuales adoptan formas especiales de producción y consumo, además de producir fenómenos estéticos y morfológicos.

Una de las principales instituciones que se manifiestan durante las celebraciones de Semana Santa es la iglesia católica, que proporciona distintos elementos como las imágenes religiosas, los rezos, las palomas de cera que se colocan en el anda (representan al Espíritu Santo), y la participación del sacerdote y demás autoridades eclesiásticas, ya que gran parte de esta tiene un carácter exclusivamente litúrgico.

Para el caso de aquellas celebraciones que no gozan de tal estatus, la iglesia funge como vigilante de las mismas; esta valida las celebraciones extralitúrgicas desde el momento en que toma como referencia el calendario católico, y en que reconoce a las distintas mayordomías, a través de sus parroquias.

Por otro lado, la interpretación que los propios participantes hacen de los principios, las prácticas y las creencias que emanan de la religión oficial, juega también un papel de gran relevancia en el desarrollo de la celebración, lo cual se hace evidente en la elaboración de las alfombras que la población ofrenda a la imagen religiosa con fines de agradecimiento y súplica, actividad que es aprovechada además para el fortalecimiento de los lazos familiares (Trabajo de campo, Ayacucho, 2009).

Es notable el componente indígena, expresado en las mazorcas de cera colocadas sobre el anda y en la forma de esta última, estructura diferente de la sevillana, pues no posee una base plana, sino que la parte en donde se posa al santo toma la forma de un montículo semejante al “apu”, que en la tradición indígena representa la montaña en donde yacen los espíritus (Trabajo de campo, Ayacucho, 2009).

La Semana Santa de Ayacucho también se conforma según fines comerciales que, como ya se mencionó, han jugado un papel fundamental en el desarrollo de la celebración a lo largo de su historia. El apoyo que ofrecen los comerciantes y ganaderos de la región a la realización de la Semana Santa está relacionado con la posibilidad de llevar a cabo con éxito una feria ganadera que por años ha sido la más importante de la región; además de que, así como lo es para el resto de los participantes directos, representa la oportunidad para hacer evidente el tipo de poder que detentan frente al resto de la sociedad.

La estrecha relación que existe entre las instituciones poderosas en la sociedad de Ayacucho se destaca, pues tanto el estatal como los poderes fácticos se manifiestan a través de sus respectivos representantes, quienes intervienen en la organización y el desarrollo de la celebración.

La participación como mayordomo general del gobierno regional; la intervención del Poder Judicial y del Ministerio Público en la Procesión del Señor de Sentencia; la presencia de grupos e instituciones con cierto poder económico, como las cajas populares, los comerciantes y los hacendados que intervienen en la Procesión del Viernes Santo y en el “jala toro”; la participación de la policía y del ejército; así como la ya mencionada influencia de la Iglesia Católica, han hecho de la Semana Santa un medio importante para manifestar, ante el resto de la sociedad y de los grupos e instituciones, que ejercen el en el lugar.

A pesar de la presencia de los grupos hegemónicos en el seno de las celebraciones de Semana Santa, la experiencia religiosa no se diluye; por el contrario, se conforma como la base a partir de la cual los demás fenómenos se manifiestan. La acción ritual encaminada a conmemorar la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo determina muchos de los elementos de las procesiones, con lo cual se conforma el mensaje que se pretende transmitir. A partir de lo propuesto por Luc de Heusch (1973) sobre que “el diálogo con los dioses requiere en cada religión técnicas corporales específicas”, es posible identificar movimientos específicos encaminados a rememorar tal creencia a lo largo de una forma de culto como la procesión.

Si bien en Ayacucho el contexto en el que se insertan las procesiones no es del todo penitencial, la realización del recorrido acompañando a la imagen religiosa supone ya un tipo de sacrificio encaminado a rememorar la creencia en la existencia de Jesús, quien padeció y murió en la cruz para después resucitar y enmendar así los pecados cometidos por la humanidad. Para la ejecución de las procesiones, el espacio y el tiempo se ven momentáneamente modificados, lo que hace de las celebraciones de Semana Santa una serie de eventos que rompen con la cotidianidad del lugar.

Al analizar esta semana como un hecho total cuyos elementos interactúan hasta conformar un sistema, se le puede ver como una escenificación del poder que diferentes grupos ostentan. Instituciones como la Iglesia Católica, el Poder Judicial, el Gobierno Regional y los grupos de gamonales y personas acaudaladas, participan en las celebraciones donde despliegan, ante el resto de la sociedad, una determinada cantidad de signos que les permite separarse del resto de la sociedad. Dichos signos pueden ser, según Levi-Strauss, el “lenguaje mítico, los signos orales y gestuales de que se compone el ritual, leyes consuetudinarias, discursos, ciertas modalidades de intercambios económicos” (1973: 14-15), entre otras manifestaciones de tipo social.

Esta manifestación de los poderes en Ayacucho nos habla de una sociedad tradicionalista que ha mantenido la estratificación social conformada desde la colonia, donde los grupos hegemónicos han mantenido una influencia importante en la vida cotidiana, la cual requiere ser validada bajo el contexto de una celebración que, por su carácter religioso, cuenta con un grado de influencia mayor sobre la población. Si bien la Semana Santa es una celebración polivalente con un fuerte contenido religioso, gran parte de su desarrollo es determinado por una estructura conformada por la interacción de los grupos que retienen los diferentes poderes en una sociedad.

Especificidad cultural latinoamericana de la Semana Santa en Ayacucho, Perú

En términos generales, la antropología define a la cultura como “la suma total de lo que el individuo adquiere de su sociedad, es decir, aquellas creencias, costumbres, normas artísticas, hábitos alimenticios y artes que no son fruto de su propia actividad creadora, sino que recibe como un legado del pasado, mediante una educación regular o irregular” (Lowie, citado en Morales 2004: 13).

La cultura alrededor del mundo se manifiesta de maneras diversas, es así como encontramos, por ejemplo, hábitos, formas y modos de vivir, creencias, técnicas, artes, costumbres, lenguas, formas de desarrollar la vida cotidiana que poseen características que suelen diferir de un grupo humano a otro. Al respecto, Samuel Morales menciona: “la noción de diversidad es justamente lo que funda y da especificidad a las culturas, pues se sabe que la especie humana reacciona de manera distinta ante los mismos estímulos” (2004: 14).

En otras ocasiones, tal como lo señala Morales, “las diferencias culturales son, al contrario, considerablemente poco numerosas, y entonces a lo que nos enfrentamos, en esos casos, es a versiones distintas de una sola cultura” (2004: 14). La conceptualización de la cultura latinoamericana parte de las coincidencias culturales, producto de procesos históricos similares, existentes entre las sociedades que conforman la región, de tal manera que sea posible enmarcar en una sola cultura a la diversidad de formas de vivir, presentes en las naciones latinas del continente.

Según lo propuesto por Darcy Ribeiro (1993), la cultura latinoamericana es aquella que se deriva del proceso civilizatorio que se vivió a partir de la llegada de los conquistadores de origen latino a territorio americano; se trata de un conjunto de formas y modos de vivir que comparten los habitantes de los países que conforman Latinoamérica, que comenzaron a desarrollarse desde la conquista.

Samuel Morales (2004), por su parte, define a “la cultura latinoamericana como una realidad social insoslayable, [...] se integra con los rasgos culturales que provienen de las culturas nacionales y regionales de las distintas áreas geográficas latinoamericanas, pero también con los que se van generando y difundiendo en el curso del tiempo. [...] Se trata de un universo simbólico en que se engloban las diversas manifestaciones culturales de la región y que se expresa por toda la geografía latinoamericana y en el contexto mundial” (p. 25).

Las celebraciones de Semana Santa en Ayacucho contienen ciertos elementos que le dan especificidad cultural latinoamericana. En primer término, se trata de un fenómeno derivado de la conquista, pues sería obvio afirmar que sin este último acontecimiento, no solo la Semana Santa, si no cualquier otra celebración de tipo católico, sería imposible actualmente en esta región del planeta, como afirma Darcy Ribeiro: “lo que sobresale en el mundo latinoamericano es la unidad del producto resultante de la expansión ibérica” (Ribeiro en Zea, 1973: 105).

La religión católica en Latinoamérica fue impuesta (así como muchas otras prácticas culturales) por los conquistadores españoles quienes, motivados por la reciente expulsión de los moros de su territorio y por una fuerte creencia religiosa cristiana, lograron someter a los pueblos originarios, y así dar pauta a un proceso complejo de mestizaje.

Al igual que muchas otras prácticas culturales europeas, la religión católica encontró entre los grupos sociales a quienes se les pretendía inculcar distintas interpretaciones del conjunto de prácticas y creencias que la constituyen; de esta manera, a lo largo del continente surgieron formas diversas de vivir el catolicismo, determinadas por los patrones culturales de los grupos sociales, de los distintos procesos de adaptación y de la propia dinámica social.

Durante la Semana Santa en Ayacucho es posible identificar tal refuncionalización de la práctica y el ritual católico en diferentes niveles, entre los más evidentes encontramos la influencia cultural indígena en los llamados choclos y en la forma del anda; si bien este grupo no cuenta con una participación directa y significativa en la celebración, la creencia en los distintos elementos de la naturaleza como fuerzas que determinan el rumbo de la humanidad, se encuentra presente como resultado de un contacto cultural de más de cuatro siglos (Ramírez, 2003).

Otra de las formas de vivir la celebración (que le confieren especificidad latinoamericana) se refleja en la organización de la propia Semana Santa, la cual es organizada por lo que Darcy Ribeiro (1984) identifica como *la clase dominante típicamente latinoamericana*. Este autor brasileño sostiene que en América Latina, como producto de un estado de dependencia constante con respecto a otros países, se ha conformado una clase dominante acaparadora de los medios de producción, al servicio de poderes externos a la sociedad a la que pertenecen.

Dicha clase dominante se conforma por los dos componentes que Darcy Ribeiro (1984) identifica como *el patronato* y *el patriciado*. El primero se compone por los mismos dueños de los medios de producción; mientras que el segundo por los representantes del gobierno, el ejército y la policía, la iglesia y los profesionistas, quienes tienen como

función legitimar el modelo de dependencia al que los integrantes del patronato obligan una vez que acaparan los medios de producción.

La organización de la celebración, así como la participación directa, son responsabilidad de la clase dominante ayacuchana la cual, si bien se vio modificada a partir de la independencia, continuó actuando a partir de sus propios intereses, omitiendo las necesidades de la mayoría. Esta nueva clase hegemónica, cuyo poder se basaba en la riqueza que les producía la actividad comercial, utilizó a la Semana Santa para consolidar su pleno control en el proceso productivo, así como para recibir el reconocimiento del resto de la sociedad.

La Semana Santa en Ayacucho es el resultado de la intensa actividad comercial que comenzó a desarrollarse a partir de la República, significó la posibilidad de una reactivación económica, cuyos mayores beneficios serían para la clase dominante, los cuales si bien se manifestarían en el aumento de la riqueza de los integrantes del patronato, significarían también para los miembros del patriciado, la afirmación y legitimación de los distintos poderes que ostentan.

Tal estructura de la Semana Santa, además de mostrarnos una fuerte división social, se conforma como una manifestación cultural típicamente latinoamericana que se manifiesta en la propia complejidad de la celebración, en los distintos fenómenos que aglutina, en su origen europeo, en la presencia indígena, en la multiplicidad de interpretaciones, en la escenificación de los poderes, en la secularización pendiente, en los fuegos artificiales, en las flores, en la música, en el derroche, en la fiesta y en los demás elementos por descubrir. Así de compleja es Latinoamérica.

Bibliografía

01. González Carré, Enrique (1995), *La ciudad de Huamanga: espacio, historia y cultura*, Perú, UNSCH, 271 pp.
02. Heusch, de Luc (1973), *Estructura y praxis: Ensayos de antropología teórica*, México, Siglo XXI, 374 pp.
03. Lévi-Strauss, Claude (1979), *Antropología Estructural*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 352 pp.
04. Morales, Samuel (2000), *El sabor agrio en la cultura mazabua*, México, IMC, 71 pp.
05. Morales, Samuel (2004), *Las culturas Latinoamericanas ante la Globalización y la Mundialización y las Integraciones Regionales*, México, UAEMéx, 161 pp.
06. Ramírez, Jorge (2003), *La religiosidad popular en la identidad cultural y caribeña*, Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe (CLACSO), <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/libros/cuba//cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0915R070.pdf>. Consultado el 03 de junio de 2013.
07. Ribeiro, Darcy (1984), *El dilema de América Latina: Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, México, Siglo XXI, 538 pp.

08. Ribeiro, Darcy (1993), "La Cultura Latinoamericana", en Zea, Leopoldo (comp.), *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Tomo I, F.C.E, México, 101-118 pp.
09. Stern, Jefferey (1986), *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española huamanga hasta 1640*, Madrid, Alianza, 358 pp.
10. Zapata, Antonio (Ed.) (2008), *Historia y cultura de Ayacucho*, Perú, UNICEF-Instituto de Estudios Peruanos, 292 pp.

Víctor Gabriel Avilés-Romero: Licenciado en Antropología Social por la UAEMéx; Maestro en Humanidades: Estudios Latinoamericanos, por la Facultad de Humanidades de la misma universidad. Ha participado como organizador y moderador en diversos eventos académicos, así como ponente en distintos encuentros y coloquios. Recibió la presea "Ignacio Manuel Altamirano Basilio". Actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Antropología de la UAEMéx.